

Vasapollo, Luciano. Rita Martufi y Joaquín Arriola (2014). *EL DESPERTAR DE LOS CERDOS. UNA ALTERNATIVA GEOESTRATÉGICA Y MONETARIA DE LOS PIIGS*, Maia, 2014 (184 pp.), ISBN 978-84-92724-58-1.

---

Juan Pablo Mateo<sup>1</sup>

Investigador visitante en el dpto. de Economía de la Kingston University (Londres, Reino Unido).

El despertar de los cerdos es un extraordinario libro que acaba (por fin) de publicarse en España, cuya versión original en italiano apareció en 2011 (Jaca Book, Milán), y en 2013 en Grecia. Una larga espera para un pequeño libro, por su extensión, pero rico en contenido. En verdad, creo que este provocativo título no hace toda la justicia que se merece, en cuanto pudiera pensarse que es un panfleto político tan pródigo en eslóganes como carente de análisis riguroso de economía política. De ninguna manera. Sí, es un panfleto, pero en la mejor tradición panfletaria que en menos de 200 páginas desarrolla un análisis de la situación actual en la periferia europea para sustentar una propuesta alternativa, todo ello expresado de una forma clara y sencilla.

Los autores, L. Vasapollo, R. Martufi y J. Arriola, son más que conocidos en el ámbito marxista, con amplia trayectoria de investigación y una particular habilidad para aunar el análisis económico con la dimensión geopolítica en la cual se despliega. Ello se demuestra en esta obra, justificando así la propuesta alternativa de la que se toma el título. El libro evita por tanto caer en varias trampas. En primer lugar, no convierte la evolución del capitalismo en la resultante de maquinaciones políticas; como si éste no tuviera unos rasgos particulares (objetivos) que condicionasen el proceso de reproducción, y por tanto el comportamiento de las variables económicas resultara simplemente de las relaciones de fuerza entre los agentes (Estados, instituciones, clases sociales...). A su vez, tampoco cae en el 'economicismo' puro que soslaya la existencia de los Estados, y por tanto la geopolítica, como si fueran ajenos al conflicto social.

El término de 'los cerdos' es la versión castellana de los PIIGS (Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y Spain-España), cuyo despertar debe amenazar a *este* proyecto europeo. El libro consta de tres partes: i) un relato de la crisis actual ubicada en la perspectiva de las cuatro últimas décadas; ii) una caracterización de la crisis, entrando en el debate con otros diagnósticos de la misma, y iii) la propuesta para la periferia europea de los PIIGS, a la que se denomina 'ALIAS'.

---

<sup>1</sup> j.mateotome@kingston.ac.uk

Por un cierto 'desorden' en la estructura formal de los apartados, pues aparecen algunos que se corresponden con el mismo tema en diversos bloques, en esta reseña se comentarán ciertas cuestiones de análisis de acuerdo a las tres temáticas mencionadas.

En el primer bloque se lleva a cabo un análisis de la última fase del desarrollo capitalista que, para los autores, permite delimitar el significado de la *Gran Recesión*. Afirman que la crisis económica actual comienza con la recesión de los setenta, en concreto, en 1971. En este momento desaparece la paridad del dólar con el oro, iniciándose una fase de fluctuación de los tipos de cambio y una reestructuración de corte neoliberal en la que la actividad financiera adquiere un protagonismo central.

Creo, sin embargo, que su idea de una casi crisis permanente no se ajusta a lo acontecido. Durante este período de más de tres décadas la economía capitalista ha crecido, y lo ha hecho de la forma propia que corresponde al propio capitalismo. Más bien, fue la fase inmediatamente anterior a los años setenta del pasado siglo la que tuvo ciertos elementos de excepcionalidad histórica. En primer lugar, la destrucción ocasionada por la II Guerra Mundial favoreció el restablecimiento de la rentabilidad del capital y, en este sentido, impulsó la acumulación del capital y el crecimiento económico. En segundo lugar, el triunfo de la URSS propició una mayor intervención del Estado en las áreas avanzadas, funcional para la acumulación de capital de largo plazo. Ahora bien, siguiendo la línea argumental de los autores del libro, se hubiera mejorado la explicación de las contradicciones estructurales de esta onda larga si hubieran incorporado al análisis el significado de la desaparición del 'socialismo real': ¿Por qué no se ha iniciado una nueva era de prosperidad cuando se incorporan al espacio de la valorización capitalista tales áreas, lanzando al mercado mundial más de mil millones de trabajadores explotables?

El capitalismo se caracteriza por un conflicto con diversas vertientes, tanto en lo social (la del capital vs. trabajo y la que se da entre diversas fracciones del capital), como en lo geográfico-político. Sobre ello, los autores destacan la pugna existente en el interior de las áreas avanzadas, con tres polos articulados en torno a EE.UU., la Unión Europea (UE) y Japón-Asia; así como los que se dan en la periferia. Es en este marco en el que el libro expone el origen de la integración económica europea. Concretamente, lo atribuye a la coyuntura del deterioro imperialista de los EE.UU. durante la década de los setenta para afrontar la amenaza que suponían los movimientos especulativos de capital y la tutela de USA (p. 24). No obstante, aunque ello es cierto, se ha de tener en cuenta que el proyecto originario de la CEE nació bajo tutela 'yankee'. En cualquier caso, esta cuestión que los autores enuncian es relevante en relación a los condicionantes que se considerarán en el debate de la salida de la crisis (bloque III).

Dentro de la UE, señalan que el eje dominante es el franco-alemán, pero con una primacía germana vinculada a su sector industrial exportador. Ello explica, según los autores, la apuesta por la estabilidad monetaria de los países exportadores, que va en detrimento de una periferia europea que tradicionalmente necesita devaluar la moneda. Este aspecto es importante, ya que en la izquierda se analizan las políticas monetarias restrictivas en el marco de la UE de una forma poco rigurosa, como si sus autoridades fueran torpes y tomaran medidas contraproducentes. Nada más lejos de la realidad, ya que en el libro se aprecia que adquieren pleno sentido en términos de la competencia con EE.UU. y de los intereses políticos y económicos del capital europeo, de base dominante germana (ap. II.5-7).

En el segundo bloque se alude al carácter sistémico de la crisis y a la correspondiente necesidad de una solución política. Los autores entienden que la recesión actual tiene un carácter estructural o sistémico que se manifiesta en la caída de la rentabilidad del capital (apdo. I.8 y II.1, esp. p. 71). En esta misma página 71 se expresan elementos muy acertados de una manera muy sencilla y rigurosa, aunque los autores no se extienden en su desarrollo. Dada la enjundia que contiene, creo que merece la pena detenerse en ello. Efectivamente, el análisis marxista del capitalismo parte de un elemento básico como es que el trabajo (en abstracto), llevado a cabo por los trabajadores en su jornada laboral, constituye el fundamento del valor. En el marco de una economía mercantil-capitalista, este se expresa necesariamente en dinero, ya que es

el mercado el que sanciona o decide la producción que es socialmente necesaria. De ahí el papel conjunto de la oferta y la demanda en la formación de los precios en la teoría del valor marxiana. Pues bien, la recurrencia de la crisis se basa en una incapacidad sistémica por generar plusvalía, lo cual aparece como una rentabilidad deteriorada para las empresas y se manifiesta de forma invertida como imposibilidad de vender, de devolver las deudas contraídas, etc. Por tanto, hay que diferenciar la esencia de los fenómenos de la forma que adopta su expresión empírica. Aunque los autores no lo mencionan explícitamente, su exposición es coherente con estos fundamentos.

Esta cuestión teórica-empírica se retoma de manera magistral en el apartado II.4, aunque tal vez con demasiada brevedad (a juicio del autor de estas líneas, sin duda por su sesgo academicista). Limitémonos a llamar la atención a la contradicción a la que aluden los autores entre el desarrollo de las fuerzas productivas, que bajo el capitalismo asume la forma de un incremento de la composición del capital, con el marco capitalista de relaciones de producción que, en su opinión, lo obstaculiza en las últimas décadas. Vemos una revolución tecnológica fantástica, aunque los avances de productividad disminuyen en los países avanzados. Los autores identifican correctamente la causalidad subyacente entre las esferas de la distribución, la tecnología de la producción y el imperativo impersonal de la producción. Para incrementar el beneficio apropiado (distribución), es decir, la parte de la jornada laboral que el obrero trabaja para el propietario de los medios de producción (teoría del valor), se mecaniza el proceso productivo (tecnología). Ahora bien, la cantidad de excedente ('beneficio') por unidad de trabajo, o como señalan los autores, "ganancias de productividad por cada unidad homogénea de medios de producción" (p. 78), va disminuyendo, lo que cuestiona "la viabilidad a largo plazo del capital" (p. 79). Esta delimitación de lo que constituye la dimensión esencial del concepto de productividad, a saber, en tanto que capacidad de producir excedente por insumo utilizado (y no valores de uso, es decir, las cosas que adoptan la forma de mercancías), es interesante porque permite entender que, para el capital, lo relevante no es la capacidad productiva de "cosas" por unidad de tiempo, sino la cantidad de excedente, precisamente porque la producción en el capitalismo es valorización. Tal excedente (plusvalor) asume la forma de ganancia capitalista por unidad de otro tipo de "cosas"; aquellas que debe emplear en el proceso productivo y que denominamos "capital". En consecuencia, tal acepción de la productividad, en términos de la capacidad de generar excedente, resulta sin duda más sencilla, operativa y acertada que la 'productividad total de los factores' de raíz neoclásica, mientras permite a su vez aprehender las contradicciones y límites del capitalismo.

En el mismo bloque II se realiza una crítica de aquellos diagnósticos de la crisis que la ven como un fenómeno financiero o distributivo. Dada la popularidad que han adquirido este tipo de visiones sobre la crisis, incluso entre la izquierda política (léase como heterodoxia económica en el mundo académico), esta cuestión resulta absolutamente interesante, acertada y pertinente. En el libro, tal crítica sirve de fundamento básico para justificar la apuesta de política económica de la parte final del libro. Ahora bien, creo que la argumentación al respecto no es del todo convincente y muy incompleta. Ciertamente, en un libro de este tipo, este debate podría haber acaparado mucho espacio y resultar demasiado denso, pero incluso con brevedad se debería haber afinado más por su relación posterior con el tercer bloque.

La crítica de la concepción de la crisis que considera que su causa fundamental ha sido una demanda insuficiente, debida a los bajos salarios, se limita a un párrafo descriptivo. Hubiera sido pertinente señalar, entre otros factores, que en el análisis marxista no se plantea la dicotomía entre oferta y demanda que aparece en el enfoque keynesiano, ni la identidad entre ambas que sustentan los neoliberales. El valor se genera en la producción, y lo es en tanto el mercado lo sanciona positivamente. Existe una conjunción entre ambas dimensiones. En mi opinión, no cabe afirmar que hay ciertas crisis que son de oferta, mientras que otras serían de demanda. La demanda relevante es la de inversión que llevan a cabo las empresas, porque cuando se paraliza por la insuficiente capacidad de extraer plusvalor del trabajador, el sistema colapsa y aparece la crisis. Por tanto, y como bien argumentan los autores, la dimensión de oferta que acompaña a

estas contradicciones endógenas del capitalismo se relaciona con una mecanización productiva que socava la fuente de la valorización (el trabajo humano). Al mismo tiempo, la correspondiente a la demanda se vincula con la distribución del ingreso, cuyo límite viene determinado por la participación del beneficio en el producto total (p. 79). Y añadido: inversión y consumo no son independientes, como no lo es la esfera productiva de la distributiva. Existe lo que podemos denominar una primacía conceptual (tomo prestado el término de R. Astarita) de las primeras en el análisis marxista, con dos aspectos a destacar: i) no resulta sino el corolario del fundamento teórico al que aludíamos, es decir, que el trabajo es el factor que crea valor, de ahí que hablemos de teoría laboral del valor, pues revela el carácter explotador del régimen capitalista de producción y la necesidad de las crisis; e ii) implica una apuesta política y económica muy clara: si queremos modificar de manera estructural el reparto del producto, tendremos que modificar el régimen del sistema productivo. Como bien señalan los autores, "el capitalismo no es reformable" (III.1), de ahí que "la solución es política" (II.10). Y como ellos contemplan un capitalismo realmente existente con Estados, geopolítica, Troikas y demás agentes, en la tercera sección plantean su apuesta; que resulta coherente con las dos dimensiones, económica y la política, de su argumentación a partir de la perspectiva de la periferia europea.

Lo mismo sucede con la cuestión de la crisis financiera. El argumento se limita a señalar algo por otra parte cierto: la inoperancia de la respuesta de las autoridades a la crisis; ya que si en verdad fuera una crisis financiera, una regulación de estas actividades valdría para solucionar el problema (pp. 70-71). Sin embargo, se echa en falta un razonamiento más completo. Pero, en uno u otro caso, resulta acertado que en el libro se sustenten simultáneamente dos cuestiones. Por una parte, es acertada su insistencia a que se entienda la crisis en función de aspectos distributivos y financieros. Por otra, al tiempo que aboga por reformas que permitan elevar los salarios y los derechos de los trabajadores, considera que "la respuesta de las izquierdas tiene que poner el énfasis en una reducción drástica de la dimensión de las finanzas globales, prohibiendo directamente las operaciones especulativas, mal llamadas de cobertura de riesgos (...) Las medidas para reducir el peso del mercado internacional de dinero y de crédito pueden formar parte de un programa de urgencia, pero tampoco son una alternativa a la crisis global" (pp. 70, 71).

Esta disquisición enlaza con la apuesta política y económica que se desarrolla en la tercera sección, aunque ciertos elementos fueran expuestos con anterioridad. Ante la quimera que supone una reforma del capitalismo, en el sentido de lograr una mejora de las condiciones de vida de la población de forma duradera, se plantea la necesidad de pensar en un horizonte socialista en el que se inserten las transformaciones inmediatas. Lo interesante del texto es la forma en la que ambos planos coexisten. Así, los autores argumentan que no existe la base material que pueda soportar un proyecto de largo plazo, estructural o sistémico, que permita esa vuelta al pasado del capitalismo regulado y el Estado de bienestar de posguerra. En este sentido, los autores escriben que "en la búsqueda de una alternativa, la posición utópica es aquella que cree posible reformar el sistema capitalista, sin suplantarlo sus propios principios esenciales, para resolver el problema de la pobreza, la miseria y la exclusión" (p. 103). Tal es el contenido de la crítica que realizan al reformismo de la izquierda "realmente existente": "la fe en Keynes y en el capitalismo reformado es simplemente la demostración de la subalternidad de la izquierda, incluso la radical, frente a las ideas de democracia política y económica impuestas por el modelo de producción capitalista y que las hipotéticas soluciones a la crisis son todas compatibles con la reproducción y continuación del sistema capitalista mismo" (p. 64)

Frente a estas ilusiones, lo que sí se sustenta es un programa mínimo de contra tendencia, portador de una serie de reformas, compatible con una estrategia de un horizonte temporal mayor, para llevar a cabo una transformación socialista del sistema económico (III.4). Los autores nadan a contracorriente de la izquierda posmoderna y abogan por cambiar las reglas del juego del sistema productivo, y además, con

pecado sin penitencia, pues se atreven a mencionar el tabú de la centralización, y además profunda, de las decisiones relativas a la asignación del trabajo social, de la producción y de la distribución (pp. 92-93). Y ya puestos, y con mucha razón, lo justifican pragmáticamente, pues precisamente se constata el fracaso de los mecanismos del capitalismo para resolver el problema del agotamiento del modelo energético y de puesta en valor de los avances de la tercera revolución industrial (p. 92).

En consecuencia, el programa alternativo postcapitalista se apoya en primer lugar en un control social de las inversiones, fundamento necesario para impulsar la actividad productiva (p. 119). No se aboga, en cambio, por un decrecimiento desconectado de las relaciones sociales de producción, pero tampoco se soslaya la dimensión medioambiental (III.5). Con este objetivo se apuesta por la nacionalización de la banca (III.6) y el control político de bancos centrales, así como de los sectores estratégicos de las comunicaciones, energía y transporte (III.7)... porque sólo se podrá adquirir ciudadanía plena si la democracia se extiende al sistema económico; esto es, al interior de la unidad productiva empresarial.

Los autores no rehúyen un debate del que la izquierda española todavía está huérfana, ¿salida o no del Euro? Creo que su planteamiento es de los más acertados, junto a otros como Manuel Monereo. Se apuesta por una salida de la zona Euro, no así, por razones tácticas, de la UE, aunque en el marco de una estrategia realista que permita su viabilidad en el tiempo. Y se plantea como un acto de mera supervivencia, pues "salvar la Unión Europea y el modelo exportador alemán significa simplemente destruir las posibilidades autónomas y autodeterminada de desarrollo de los países europeos del área mediterránea" (p. 59). Para ello, se requiere una acción concertada por parte de los PIIGS para dotarse, simultáneamente, de un signo monetario común (con un área monetaria denominada ALIAS), una redenominación de la deuda (y su renegociación), así como un estricto control de capitales (III.12).

Para finalizar, señalemos que en esta reseña se ha priorizado la revisión crítica de elementos teóricos correspondiente a los dos primeros bloques temáticos, sobre todo el segundo. Al fin y al cabo, constituyen la base sobre la cual organizar el debate respecto de la alternativa que la izquierda debe construir en la actualidad. Pero no significa, en ningún caso, desvalorizar la extraordinaria propuesta del tercer bloque.